

—Dos señores, que me parecen dos testigos.

El marqués respiró con fuerza. Comprendió; un duelo le calmaría los nervios: necesitaba descargar su cólera sobre alguien.

—Bien—dijo;—no te alejes y avisa á de Fresnes; os necesito.

Ya se conoce el resultado de la entrevista.

---

### CAPÍTULO XXIII

---

Tanto en el hotel Savignat, como en el de la calle de Saint-Honoré, estaban en un estado de inquietud fácil de comprender.

Los árabes que, al atravesar el desierto, presienten el *simoum*, experimentan algo parecido.

La señora de Savignat había llevado á la marquesa á casa de sus amigos de Passy porque no quería ver á su yerno después del descubrimiento que había hecho, y del cual no dió parte á su hija. Esperaba con impaciencia la decisión del señor Peyral, que debía tener ya más pruebas de las necesarias.

No es posible pintar hasta qué grado tenía el don de horripilar á la buena señora la habitación de la calle de Lisboa, y, en su opinión, hubiera sido preciso remontarse al tiempo de la Regencia, ó del reinado de la Du Barry, para encontrar cosa semejante.

En el fondo, se había sentido orgullosa, más de una vez, de la elegancia soberana del marqués: le encontraba noble como pocos, y le hubiera colmado de pruebas de cariño, con sólo que él se hubiese tomado el trabajo de emplear la mitad del agrado que dedicaba á sus amigos en conquistar á aquellas dos mujeres, dispuestas á todos los sacrificios.

Su amiga de Passy era la viuda de un antiguo empleado en la casa de Savignat, que había hecho una fortuna de consideración, ayudado en sus comienzos por el antiguo albañil. Las dos señoras estaban allí como en su casa; pero Elena tenía el pudor de sus penas y sólo tomaba á su madre por confidente, y esto porque la madre se imponía; sin esto, tal vez la marquesa no se hubiera atrevido á hacerlo espontáneamente.

La velada transcurrió con lentitud, y Elena puso término á ella pretextando, para volver temprano á París, un malestar que sentía realmente, aun cuando no fuera físico, pues lo que sufría en ella era el corazón.

Desde su explicación con el marqués, esperaba, á pesar de todo, un paso de reconciliación, un signo de arrepentimiento en Gaetano.

Cuando llegó á su casa preguntó á la doncella:

—¿No ha vuelto el señor?

—No, señora.

—¿Ni ha enviado ningún recado?

—No, señora.

—Está bien.

—¿Me necesita la señora?—preguntó la doncella.

—No. Puedes retirarte; yo me desnudaré.

Y se quedó sola; pero no pudo dormir. El tono de su madre, al hablar de su marido, le había parecido más duro y más irritado que de costumbre, adivinando que pasaba algo, y que ese algo debía perjudicar al marqués. La pobrecilla conservaba en el fondo de su alma, á pesar del abandono, de las locuras y de las infidelidades de su marido, una secreta esperanza de reconquistarle, y se aferraba á ella porque Gaetano era el único hombre que había hecho latir su corazón de amor y de deseo.

Hasta las dos de la mañana no se acostó, después de haber entreabierto con precaución el cuarto de su marido y de convencerse de que estaba vacío y que el marqués no había vuelto. ¡Cuántas y cuántas noches la había encontrado así!

La ansiedad de Elena no podía, sin embargo, compararse con la de la señora de Peyral, que llevaba muchas horas escuchando los ruidos de su casa por ver si percibía los pasos de su marido en el pasillo que conducía á su habitación, y deseando que entrase en su cuarto, aun cuando fuese para abrumarla de recriminaciones; pero nada turbaba el silencio de la noche; y aun cuando á

las dos de la mañana creyó oír ruido de pasos en el piso bajo del hotel, esperó en vano, pues nadie fué á su cuarto.

Entonces imitó á la marquesa y entreabrió suavemente la puerta del cuarto del señor Peyral, que encontró vacío y con la cama sin deshacer. ¿Dónde estaba su marido? ¿Qué hacía? Bajó la escalera, descalza, y aplicó el oído á la puerta del despacho del abogado, percibiendo claramente el ruido de la respiración del señor Peyral, así como el de la pluma corriendo sobre el papel.

Esto la tranquilizó; porque á veces el abogado, cuando tenía mucho que hacer, trabajaba de noche durante algunas horas, seguro de no ser molestado.

Matilde vaciló un instante, con la mano sobre el picaporte; pero no se atrevió á abrir. ¿Qué hubiera podido decirle? ¿Cómo explicar su presencia? Se volvió á su cuarto más tranquila, sabiendo que estaba allí, y empezó á contar las horas hasta que fué de día, sucediéndole lo que ocurre á todo el que vela durante toda una noche de angustia y de inquietud: que se durmió precisamente en el momento en que hubiera deseado levantarse.

Á las siete de la mañana despertó bruscamente, y llamó á Sofía, que se presentó en seguida.

—¿Dónde está el señor?

—No lo sé, señora.

—¿No está en su cuarto?

—No, señora: el señor ha debido salir hace un momento.

—¿Ha salido?

—Sí, señora. Justino, al entrar hace poco en el despacho, ha encontrado dos cartas escritas por el señor.

—¡Dos cartas!

—Sí, señora, con una nota en la que dice que no se entreguen hasta las ocho.

—¿Y para quién son esas cartas?

—Es rarísimo: una es para la señora, y la otra para la señora de Savignat.

Matilde hacía estas preguntas con rapidez febril, y al oír aquellas palabras lanzó un grito.

—¡Comprendo!—exclamó.—¡Mi marido se está batiendo!...

—¡El señor!—dijo la doncella, aturdida.—¿Es posible?

—¡Pronto, Sofía, esa carta!

Sofía la trajo corriendo, y he aquí lo que leyó la señora de Peyral:

«Si te entregan esta carta, querida Matilde, será que ya no existo y que el resultado del duelo habrá sido funesto para mí. En mi mesa de despacho encontrarás un testamento en favor tuyo, que no paga, ni con mucho, los años de felicidad que

me has proporcionado, y cuyo recuerdo me acompaña á la tumba.

Te he querido mucho.

Adiós».

—¡La otra carta!—exclamó Matilde.—¡Dame la otra!

Y atravesando el jardín, corrió como una loca al cuarto de la señora de Savignat, que ya estaba levantada.

—Lea usted pronto—suplicó la desgraciada.

—¿Qué ocurre?

—Lea usted: es de mi marido.

La señora de Savignat comprendió, al ver su turbación, que sucedía algo grave, y leyó con sorpresa lo que sigue:

«Mi muy querida amiga:

Ofendido por su yerno, me he visto obligado á pedirle una reparación, y nos batimos esta misma mañana en la propiedad que tiene sir Pembroke en el Bosque de Boulogne. Si muero, como es probable, le recomiendo á usted á Matilde: no la abandone usted y dele algunos consejos en recuerdo mío.

Su buen amigo,

PEYRAL».

La señora de Savignat no perdió la serenidad, y llamando á Lorenzo, ordenó:

—¡Pronto, que enganchen un caballo en mi berlina, y ni una palabra á mi hija!

Miró el reloj, que marcaba las siete y media, y dijo:

—Llegaremos á tiempo: usted viene conmigo; tenga usted calma, hija mía.

Tres minutos más tarde paraba en el portal la berlina, en la cual hizo entrar á Matilde, más muerta que viva, sentándose á su lado después de decir al cochero:

—Á escape á la puerta de Maillot.

Reflexionando mientras que el coche corría, ó más bien volaba, por la calle de Saint-Honoré, la señora de Savignat se decía:

—¿Dónde está el parque de sir Pembroke? Hicimos allí trabajos el año 68... ¡Ah, ya sé! Al final del Bosque de Boulogne. Llegaremos demasiado tarde; pero ¿por qué se baten?

Y clavando su mirada penetrante en Matilde, la preguntó de pronto:

—¿Usted lo sabe?

—¿El qué, señora?

—El motivo de ese duelo.

La joven palideció, pero el secreto no era exclusivamente suyo.

—No, señora—contestó con voz apenas inteligible.

Una duda asaltó á la madre de Elena, pero se había acostumbrado á querer y estimar á su vecina y no se atrevió á insistir.

La berlina cruzaba los Campos Eliseos como un rayo, porque la *patrona*, lo mismo que su marido, conocía el valor del tiempo y tenía siempre caballos corredores.

Al llegar á la entrada del bosque se asomó á la ventanilla y dijo á Lorenzo, que iba en el pescante, al lado del cochero:

—Avenida de Madrid. La casa de las torres: ya sabe usted: ¡á escape!

---

#### CAPÍTULO XXIV

---

El parque de sir Pembroke es bien conocido de los paseantes matutinos del Bosque y de los soñadores que buscan los sitios floridos y retirados. Se extiende en una gran porción de terreno cerca de Bagatelle, y se creería uno allí en el fondo de los bosques de Compiègne, tan umbroso y desierto es aquel sitio.

En la época del año en que ocurría este drama, parecía el parque de sir Pembroke un rincón del Paraíso—antes del pecado,—con sus bosquecillos de lilas floridas y sus alamedas de olmos y de plátanos, cuyo verde era de una fresca primavera.

Debía ser soberanamente fastidioso el hacerse matar en aquel sitio encantador.

El coche en que iban el señor Peyral y sus amigos se paró delante de la verja á las siete menos diez minutos, y un momento después llegó el mar-

qués de Avoise, acompañado por Tallerande y de Fresnes.

Los testigos del marqués, y él mismo, íntimos amigos de Pembroke, conocían muy bien el terreno, pues la *villa* encantadora que se veía en el fondo del parque, con su escalinata de mármol adornada de macetas llenas de flores raras, había servido de teatro más de una vez á cenas espléndidas y fiestas de todo género.

Los dos coches habían encontrado abierta la verja, y el jardinero y los criados se habían alejado discretamente, pareciendo que la *villa* se encontraba abandonada.

El barón de Tallerande lo había preparado todo sin inquietud, pues aunque quería mucho á su amigo Avoise, no creía que corriese peligro alguno.

Era preciso estar loco ó querer que le matasen para desafiar con aquellas condiciones á la gloria de las salas de armas, al tirador infalible, que se llamaba Gaetano de Avoise.

Hay que confesar, en elogio de los dos testigos del marqués, que habían tratado de suavizar las condiciones del duelo para hacerlo menos peligroso; pero tuvieron que desistir ante las instrucciones de su amigo, que, más intratable aún que su adversario, las quería lo más peligrosas posibles.

El marqués no había vuelto á su casa, acabando la noche en el hotel Tallerande, boulevard

Hausmann, donde escribió rápidamente algunas cartas, acostándose tranquilamente después de encargar á su amigo que le llamase á la hora convenida.

Á los tres amigos acompañaba un médico famoso, el doctor Richard, y, al dirigirse al sitio del duelo, se bajó el marqués del coche, depositando con su propia mano en el correo dos cartas, para que nadie, ni aun el lacayo, viera su dirección.

Mientras que los testigos escogían el terreno, el marqués se paseaba bajo las alamedas del parque de sir Pembroke, que sin duda traían á su memoria algún recuerdo, y sonreía.

Su situación, sin embargo, no tenía nada de alegre. Rechazado por la marquesa, que, obligada por tantas ofensas, le había al fin cerrado la puerta de su cuarto, y sobre todo su corazón; en abierta hostilidad con su suegra, que era más temible que su angelical mujer, á quien tal vez hubiese podido reconquistar; sin recurso alguno, desde que el barón Nollet le había arrebatado, por una combinación sagaz de financiero, hasta la ilusión de la riqueza, aquel castillo solariego cuyo nombre llevaba; deudor de una suma relativamente enorme—doscientos mil francos—para el que no tiene un céntimo, y demasiado orgulloso para acudir á sus amigos, había llegado al borde del abismo que se traga el honor de los que caen en él.

Hubiera debido, pues, estar sombrío, y no era

así, sin embargo. Elegante, con su traje azul oscuro y una rosa en el ojal, parecía tan tranquilo y tan indiferente como si se encontrase en el Hipódromo jugando cien luises al caballo favorito en la tribuna del Jockey.

El doctor Richard era el más preocupado. Aquel duelo le inquietaba, y sus condiciones extraordinarias le tenían pensativo.

En un momento en que pasó junto al marqués, le vió trazando dos crucecitas en un álamo secular.

El marqués cesó en su distracción, miró al doctor Richard, y contestando á las inquietudes que leía en su cara, le dijo con el tono ligero de sus buenos tiempos:

—¡Bah, doctor, no se preocupe usted, que no habrá más muertos ni más heridos que los que quieran serlo! Solamente aconsejo á usted que se separe bien.

Y como el cirujano le mirara con extrañeza, añadió en tono confidencial:

—Parece que el señor Peyral no está fuerte en la pistola, y, en efecto, sólo le creo peligroso en la Audiencia, y una bala puede desviarse.

El señor Peyral se paseaba también muy tranquilo, como el marqués, pero con una visión ante los ojos que no le abandonaba.

Pensaba en su juventud, tan bien aprovechada, en su conciencia tranquila, y sobre todo en aque-

lla mujer por la cual iba á exponer su vida, á la cual había amado tanto, á quien tal vez amaba aún. ¿Volvería á verla?

Los testigos escogieron, de común acuerdo, una pradera de césped, descubierta é iluminada por los oblicuos rayos del sol matutino y próxima á las cruces que el marqués había trazado.

Á las siete y media fueron entregados á los combatientes las pistolas cargadas.

El marqués, alto, delgado y derecho como un junco, no ofrecía blanco á las balas del abogado, mientras que éste, colocado á veinte pasos, con su corpulencia, que no se tomaba el trabajo de perfilar, parecía un inmenso blanco, y con la cabeza alta y la mirada clara, estaba verdaderamente soberbio, de serena intrepidez.

Dada la señal por los testigos, sonaron las dos detonaciones á un mismo tiempo; pero Tallerrande y el comandante Labarre creyeron notar que el marqués había variado la puntería, volviendo un poco la mano en el momento de hacer fuego.

El marqués miró al doctor, como diciéndole: Ya ve usted que no es tan peligroso como usted cree; y, en efecto, los dos adversarios continuaban de pie, sanos y salvos.

Los testigos intervinieron entonces, tratando de evitar el combate; pero el marqués dijo con visible impaciencia:

—Vuelvan ustedes á cargar.

Así se hizo, en efecto, y esta vez el señor Peyral tiró sólo, á quince pasos, sin hacer blanco.

El marqués se encogió de hombros, irónico y sonriente, diciendo bastante alto para que pudiesen oírlo el médico y los testigos:

—¡Torpe!

Después, usando de su derecho, avanzó lentamente hasta su límite.

El señor Peyral continuaba firme en su sitio, sin que se alterase un solo músculo de su fisonomía, y mirando de frente, con la cabeza erguida, al señor de Avoise, quien, con un movimiento lento y gracioso levantó el arma y apuntó con calma á su adversario; pero súbitamente, y antes de que los testigos pudieran pensar en intervenir, la volvió contra sí mismo, y apoyando la pistola sobre su sien derecha, se saltó la tapa de los sesos.

Tallerande y de Fresnés, que se precipitaron, le recibieron en sus brazos, y el doctor sólo pudo hacer constar la muerte.

El señor Peyral debía la vida á la generosidad de su adversario. La primera bala del marqués se encontró en el centro de una de las crucecitas que había trazado.

Diez minutos después llegaron Matilde y la señora de Savignat, que lanzó un grito á la vista del cadáver.

—¡Se ha matado!—dijo Tallerande sacando del

bolsillo una carta, que entregó á la madre de Elena.

—¡Ah, desgraciado!—exclamó ella.—¡Cuando le era tan fácil vivir!

La carta del marqués era corta; contenía esta única palabra: ¡Perdón!

—¿Por qué no me lo pidió él mismo?—dijo la buena señora con su acostumbrada vehemencia y con los ojos llenos de lágrimas.—¡Pobre loco!

La suegra suplicó á los asistentes la más completa reserva acerca de lo sucedido, y cedió su berlina para trasladar al hotel el cadáver del suicida.

Matilde Peyral quiso echarse á los pies de su marido, pero éste la recibió entre sus brazos en un arranque de amor. Acababa de borrar su falta.

Cuando llegaron á su casa, encontró el señor Peyral una carta, en la cual, con indecible sorpresa, reconoció la letra del marqués.

«Caballero—le decía en ella el señor de Avoise,—quiero morir, y espero que va usted á matarme, en lo cual me hará un favor; pero, en todo caso, si no llegase usted á matarme, me mataré yo mismo. No se miente cuando se está al borde del sepulcro. Si la señora de Peyral tiene que acusarse de una falta anterior á su matrimonio, ha sido desde que se casó un modelo de abnegación



y de fidelidad. Puede usted creerlo, puesto que yo, objeto de sus desdenes, que han sido causa de la mayor parte de mis locuras, las rescato por un rasgo de juicio.

GAETANO DE AVOISE».

Cuando la señora de Savignat llegó, con el fúnebre cortejo, á la plaza de Vendome, se adelantó, dejando al muerto bajo la custodia de su fiel Lorenzo, para prevenir á su hija, á la cual encontró en su cuarto anegada en lágrimas y con la segunda carta que el marqués echó al correo por su propia mano.

El desgraciado le escribía lo siguiente:

«Mi querida y dulce Elena.

Si pudiera esperar tu perdón, me echaría á tus pies para pedirte; pero no lo merezco, y sólo me queda un partido que tomar: expiar mis errores y devolverte tu libertad. Eres mil veces digna de ser adorada, y yo he sido un ciego y un insensato. Ruega á tu madre que salve el honor de mi nombre. Debo, sobre palabra, 200.000 francos al barón Nollet y al Círculo; que los pague con su acostumbrada generosidad, que no he sabido apreciar, y si alguna vez pensáis en mí, recordad que os bendigo á las dos por vuestra indulgencia para soportar las faltas de los demás y vuestra angelical dulzura. Abandono este mundo con la desespera-

ción de haber pasado al lado de la felicidad sin darme cuenta de ello.

GAETANO».

—¡Ah, madre mía, se ha matado!— exclamó Elena, llorando desesperadamente en los brazos de su madre.

—Ha muerto como un caballero—replicó ésta; y su hija repitió la frase que poco antes se le había escapado á ella tan de corazón:—¿Por qué no me decía lo que me escribe?

Se echó tierra al asunto, cuya versión exacta supo muy poca gente, pues los testigos se encerraron en una reserva impenetrable.

El comandante no habló jamás de ello, sino al fumar su pipa en compañía de su elocuente primo el señor Desroches, hablador en la Audiencia, pero silencioso en su casa.

—En mi vida he visto un duelo más raro—decía el comandante;—todavía no sé por qué se batían. Y no pasaba noche sin que el señor Desroches oyese esta frase ó su equivalente; pero no contestaba al comandante, y guardaba para sí lo que sabía, acostumbrado á conocer misterios y guardar secretos. Deber profesional... el señor Peyral se lo había contado todo.

El mismo día, antes de las doce, el barón de Nollet recibía de su cliente, rogándole que saldase el débito del Casino, un *cheque* de 200.000

francos, que hizo ingresar en caja friamente.

Al mismo tiempo la señora de Savignat le notificaba la muerte de su yerno, confiándole el terrible secreto de su fin, sobre el cual le rogaba encarecidamente guardase silencio, pues habían convenido en decir que el marqués había sucumbido á consecuencia de una congestión.

El banquero iba á sentarse á la mesa para almorzar, cuando recibió la noticia.

—Uno de tus amigos acaba de morir, querida—dijo á su mujer.

La hermosa rubia se mordió los labios.

—¿El marqués de Avoise?—preguntó.

—Sí.

—¿Y de qué ha muerto?—repuso sin emoción aparente.

—Dicen que de una congestión; pero yo me inclino á creer que de un cólico de plomo.

—¿Por qué?

—Porque el marqués era más jugador que los naipes y estaba absolutamente arruinado. Así acaban todos los de su especie, á menos de cambiar de nacionalidad.

—¿Cómo cambiar de nacionalidad?

—Haciéndose *griego*, por ejemplo.

—Me concederás, querido—dijo la baronesa con alguna vivacidad,—que el marqués era demasiado gran señor para caer tan bajo.

El barón se sirvió una copa de excelente Bur-

deos, y dijo, á manera de conclusión, con su voz de falsete:

—No hay que asegurar nada; y en todo caso tenía razón al advertirte que acabaría mal. Por lo demás—añadió,—tienes todas las virtudes. Blanca, incluso la discreción. Toma y lee —y le entregó la carta de la señora de Savignat.

—No ha acabado mal—declaró la rubia, terminantemente.—Ha muerto como un caballero y como un valiente.

.....

En la costa de Duarnescer, en Bretaña, hay un castillo, cuidado con gran esmero, que ocupa una situación magnífica, á un kilómetro de la costa y resguardado de los vientos duros de Oeste por una estribación de colinas cubiertas de vegetación espléndida que lo circundan en una extensión de más de una legua.

Por una abertura del terreno, que es muy montañoso, se divisa el Océano, y le rodean magníficos jardines en los cuales se encuentran todas las plantas de Jersey y de la isla de Wight.

Esta residencia, que es la admiración de los artistas, pertenecía al conde de Pantaven, que murió en París por la misma época del duelo que acabamos de narrar, y ha pasado á ser propiedad del señor Peyral.

El célebre abogado ha renunciado á vivir en sociedad, y su amiga, la señora de Savignat, le visita

á menudo en su retiro, pues ha comprado también á poca distancia una gran propiedad, y es incalculable el bien que hacen en el país.

La señora de Savignat conoce la historia de Matilde, que ignorará siempre la joven marquesa; ¿pero quién puede condenar á la señora de Peyral por una debilidad que ha pagado tan cara y que ha redimido con su dulzura y con su virtud?

¡Dichosos los maridos que saben perdonar á tales mujeres! Y la señora de Peyral es querida y respetada por todos los que la conocen. Si hay alguna mujer que la condene, y seguramente la habrá, bien puede afirmarse que esa mujer no ha combatido en la gran batalla de Paris, y que no ha pasado por las luchas, tentaciones y miserias de la vida.

FIN

Enero de 1888.

30578

N  
M.567m

